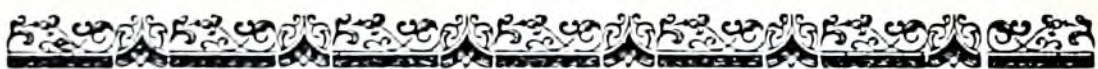


CARACTERES
DE
LOS LIBELISTAS
EL REGENERADOR.



GUAYAQUIL.
IMPRENTA DE "EL COMERCIO".
1878.



CARACTERES DE LOS LIBELISTAS

EL REGENERADOR.



SS. RR. de "El Comercio."

En mis correspondencias anteriores me propuse decir algo del que siendo un tipo de todos las miserias humanas, por un efecto de vanidad superlativa, se crée la personificación de la sabiduría, de la erudición y del ingenio; la síntesis de todo lo sublime, de todo lo grande que haya en el mundo de la inteligencia. Hoy vuelvo á ocuparme de tan peregrino personaje; y como esta correspondencia es mas estensa que las anteriores, suplico á UU. se sirvan publicarla en forma de folleto.

Humilde hijo de las áridas faldas del Coto-paxi, temeridad es en mí tratar de habérmelas con un *genio prodijioso*, de una imaginación fecundada en

las alegres perspectivas del Tunguragua—con un hombre tan grande como alto, y tan alto como una estantigua. Pero perdóneseme el atrevimiento en mérito del servicio que creo prestar á la causa de la verdad.

Latacunga, Setiembre 28 de 1878

X. X.

I.

Principiaré, SS. RR., dando la razon de porqué á nuestro singular personaje han dado en llamarle *Juanillo*. Siendo alto de cuerpo, presume serlo tambien de espíritu, aunque por desgracia se manifiesta muy pequeño, como lo demuestran sus producciones llenas de virulencia, de mezquindad y de un ruin encono. Publicaciones donde abundan personalidades y se hace una cínica ostentacion de ingratitud, de vanidad y de venganza, no pueden ser de almas grandes. Y es precisamente por eso que se le ha dado la diminutiva denominacion de *Juanillo*, pues atendida su estatura material debió llamársele aumentativamente *Juanazo*.

Pues bien, este Juanillo de alma ó Juanazo de cuerpo, que se las dá de escritor avanzado, superior á todos los escritores pretéritos, presentes y futuros, tiene tal ensimismamiento, que á fuerza de ensimismarse se olvida de si mismo. Se olvidó, pues, de su mismísima nulidad cuando queriendo llamarse escritor elocuente ha pretendido atribuirse exactitud en la narracion de los hechos y verdad en las proposiciones que consigna. ¡Exactitud en la narracion de los hechos! Allí están sus narraciones, mutiladas

unas, exajeradas otras, y completamente inexactas todas—; Verdad en las proposiciones que consigna ! Para desmentirle no hay mas que señalar las falsedades y é infames calumnias de que están plagados sus escritos.

Ni como podrá esponer con exactitud los hechos, ni consignar con verdad las proposiciones el que moja su pluma en el tintero de la maledicencia y del insulto?; el que se halla dominado de un rencor habitual?; el hombre para quien es imposible ser imparcial en medio de disenciones y rivalidades, tratándose de aquellos mismos que son el término relativo de la disencion y rivalidad?; el que está poseido de todas las furias por haber visto disiparse sus quiméricas esperanzas, y desaparecer como por encanto la fantástica perspectiva donde lo arrullaba un dorado ensueño?

Lástima es que muy léjos de haber imitado á los grandes ingenios que llegaron al templo de la gloria por el camino de la virtud y del talento, haya seguido la senda trillada por escritores adocenados, para hundirse con ellos en el fango de las trivialidades y de mesquinas pasiones. Pero quizá esta misma circunstancia deplorable haya sido el fundamento para que los espirtus superficiales, que gustan de vulgaridades y de una charla sempiterna, hayan encontrado en Juanillo al héroe que ellos buscaban. Mas los hombres de un recto criterio no verán en él sino un individuo funesto que, con sus quimeras y despropósitos, y bajo las apariencias de un *abnegado patriotismo*, trata de ocultar, no solo una desmedida ambicion, sino un detestable amor propio.

En prueba de ello ahí está ese innegable pru-

rito de hacer su propio elogio y de llamarse escritor de primera nota ; ahí está el empeño con que escribe hojas sueltas y folletos, haciendo su apología ; ahí está el ahinco de dirigir cartas suplicatorias á todas partes á que elogien sus escritos. Y todo esto arrasado por una exajerada ambicion y por esa especie de culto tributado al yo, considerándolo como la suprema entidad, y á los demas hombres como instrumento de sus designios, creados para adorar y rendir homenaje á esa *exelsa inteligencia*. Y para que no se sospeche que los panejóricos son hechos por él mismo, se ha valido del arbitrio de buscar quienes firmen, lo que es demasiado fácil encontrar.

Causa risa ver lo que Juanillo dice de si mismo en "El Precursor" ; y algo mas que risa, inspira compasion la servil manera como "La Estrella de Panamá" ha franqueado sus columnas para que esos elogios autógrafos se hagan bajo la firma de otro. De este modo ha encontrado Juanillo una ámplia libertad para decir lindezas de si mismo y quemarse inciensos en el altar de su propia vanidad. Asi es que por "La Estrella," órgano favorito de sus encomios y alabanzas, dice "que es el tipo mas acabado de nuestros grandes políticos ; que en él se resumen cuantas condiciones y cualidades constituyen á un ilustre republicano ; que es la representacion jenuina de esta jeneracion, sin rival en nuestra historia contemporánea ; que es la grandiosa síntesis de la idea liberal, y la viva encarnacion de eminentes virtudes democráticas ; que abnegacion, patriotismo, imparcialidad, saber, elocuencia, dignidad, profundidad científica, elevacion de espíritu, jenio oratorio, condiciones son que

distinguen al repúblico insigne ; que es escritor famoso, con una prosa que puede competir ventajosamente con la mejor de los mejores ; que sus escritos son de lo mas castizo y elegante que puede leerse en lengua castellana ; que es un hablista rival de Cervantes, Moratin y Santa Teresa ; que un artículo cualquiera de tan extraordinario escritor se lee con tan viva atraccion como un trabajo literario del mejor publicista, ó una composicion poética de cualquier encumbrado vate ; y por último que posee en su pluma una varita mágica que hace llover poéticas flores sobre las materias que trata ”

Para tan descomunal apolojía no hay mas respuesta que el célebre *Risum teneatis, amici*.

Y en medio de la risa que produce tan ridículo panejírico, preguntamos, ¿á qué viene toda esa letanía de estrafalarias alabanzas, sino á exhibirse como el único llamado á figurar en primera línea?

Si aquella laudatoria es escrita por otro, como se quiere hacer entender, no puede pasar de una burla intencional, de una ironía premeditada. Pero si, como es cierto, ha salido de la pluma del mismo elojiado, es el último grado de demencia á que puede llegar un hombre dominado de la mas desventurada vanidad. Se puede, pues, decir que verdaderamente posee *la varita mágica para hacer llover disparates, á guisa de alabanzas*, de la misma manera que con esa varita hace salir á Ciceron de un convento, y al mismo tiempo de un cuartel, por aquello de que *entre los romanos los soldados eran sabios y los sabios soldados*.

Un hombre vertijinoso, charlatan y sin sentido práctico, se cree superior á todos los grandes genios que admiran los siglos. Ha en-

ontrado su bello ideal en acariciar una exajerada
anidad, con pueriles fanfarronadas y ridiculas pre
ensiones, y se empeña en no encontrar ninguno que
ueda serle superior. Homero, la pirámide de los
iempos heróicos, desde cuya cumbre se divisa, en
spléndida lontananza, el talento y la civilizacion de
a Grecia. ¿ qué es delante del que presume ser cos-
mopolita y regenerador? ¡ Nada!

Aristóteles, Platon, Newton, Copérnico, Kant,
Leibnitz, esas águilas del humano pensamiento que
se levantaron de la faz de la tierra, para recorrer
los mundos y lanzarse en lo infinito, ¿ que son á
presencia del cosmopolita? ¡ Nada!

Demóstenes, Ciceron, Danton, Mirabeau, O'-
Connell, Masillon y toda esa pléyade brillante de ora-
dores que con el májico incentivo de la grandi—elo-
cuencia, ejercieron un glorioso imperio sobre el muñ-
do ¿ qué son en comparacion del rejenerador? ¡ Nada!

Licurgo, Solon, Bentham, Filanguieri, Be-
ccaria y toda esa multitud de iustres jurisconsultos y
publicistas ¿ que son ante el cosmopolita? ¡ Nada!



Dante, Petrarca, Shakespeare, Zorrilla, Es-
pronceda, Goethe, y cuantos han llenado el mundo
con sus armonias, ¿ que son á presencia del rejene-
rador? ¡ Nada!

Bossuet, Fenelon Chateaubriand, Victor Hu-
go, Lamartine, Cervantes, Castelar, el Marques de
Valdegamas, López, Catalina, Larra, Campo-Amor
y todo ese inmenso número de hablistas que han des-
lumbrado con su palabra ¿ qué son comparativamente
al cosmopolita ó candelista? ¡ Nada! Absolutamente
nada, segun él y sus candelistas

II.

Supremos esfuerzos hace el rejenerador cosmopolita, por tal de hacerse hombre necesario para el Gobierno, ó jefe de un partido; pero creo que se ha dado un chasco, porque ni el Jeneral Veintemilla lo empleará jamás, sin echarse una mancha sobre sí, y sin recibir un rechazo de sus copartidarios; ni habrá jente sensata que busque por caudillo á un ambicioso, sediento de figurar en algo, para ejercer rastreras venganzas, falso é inconsecuente con todos los que han sido sus amigos, insolente y calumnioso con los hombres de todos los partidos

¿Quien ha desacreditado mas á los SS. Gomez de la Torre y á los nunca bien sentidos Doctores Espinel y Mestanza?; y todo por no haber consentido que le diera jaque-mate á sus monedas, como con festiva agudez lo dijo el segundo en sus publicaciones.

Desde el precursor al cosmopolita, pedia Juanillo como oveja valando, algun cargo. Mas no habiéndolo conseguido, declaró con mayor tenacidad su aversion contra Garcia Moreno. Para derrocarlo puso en juego todo jénero de medios por depravados que hayan sido, insinuándolos en sus escritos, como lo comprueba la declaracion que hizo cuando dijo  MI PLUMA LO HA MUERTO Á GARCIA MORENO  Además, cuando se encontró en Colombia, hizo personalmente todos los esfuerzos posi-

bles para conquistar la voluntad del distinguido y patriota Jeneral Rosas y otros colombianos, á fin de que le proporcionaran una lejion armada de jente colombiana, para atacar al gobierno de Garcia Moreno. Y habiéndosele exigido que designara el que debia aparecer como caudillo de la cruzada, contestó muy ufano: “Espinel no puede ser, porque está viejo y enfermo; Mestanza ménos, porque no tiene ni talento, ni el prestigio que se requiere; por consiguiente, seré yo quien se ponga á la cabeza de la expedicion. De esta manera disputó á sus amigos el derecho de acaudillarla, y se imaginaba ya mandando el ejército colombiano con la misma cabalgadura y facha en que pasó por Balsapamba.

El caballero andante, á pesar de que, con su característica quijoteria, creia que la cosa era segura, desde que él la deseaba, vió que sus halagüeños planes se desvanecieron en un momento. Los liberales de colombia conociendo la nulidad del caudillo, su ningun prestigio ni popularidad, y nada que en él pueda prometer el buen éxito de tan ardua empresa, se burlaron de él y lo desairaron completamente.

Desde entonces juró venganza al Jeneral Rosas y á Colombia, por no haber podido convinar allí sus tenebrosas maquinaciones, envolviendo en ellas un crimen de lesa patria.

Hé aquí esplicada la causa de haberse convertido despues en rejenerador, decantando amor á la patria, y á la honra nacional, y hablando dieterios contra la espontánea intervencion colombiana, el mismo que habia solicitado en Colombia auxilios bélicos, para venir con ellos á humillar su patria.

¿“Cómo es posible diría, hablando consigo mismo, que habiendo estado yo en Colombia suplicando fervorosamente y haciendo promesas sin límites, aunque fuera con mengua, desdoro y detrimento nacional, no haya podido conseguir nada? Y ahora el Gobierno Veintemilla, sin pedir, rogar, ni prometer como yo, sin pacto alguno, ni acuerdo de ninguna clase, sin relacion oficial ni particular con las autoridades de los municipios de Pasto y Obando ¿cómo ha sido tan afortunado que han venido en su auxilio fuerzas colombianas con la mayor espontaneidad, sin ser llamadas por el Gobierno del Ecuador y sin que lo sepa el de Colombia? ¡Qué desaire! ¡que desengaño! ¡que humillacion! Pues no perdonaré jamás á los colombianos el agravio de haberme negado sus auxilios cuando se los pedí, y de habérselos ofrecido á Veintemilla sin que se los pida.”

Este solo hecho debió convencer á Juani-
llo que los acontecimientos prósperos y felices, las circunstancias favorables á la actual administracion, no son el resultado de la fortuna ciega y caprichosa, como dice el libelista, sinó efecto del prestigio que ejerce una buena reputacion en el ánimo de personas sensatas; son una consecuencia del crédito y buena opinion que tiene el mandatario, tanto en la patria como en el extranjero. Si esto se llama fortuna, sin duda que es muy afortunado el hombre que, como el Capitan Jeneral Veintemilla; ha sabido manifestarse ante el mundo con distinguidas dotes, ya como ciudadano, ya como militar, ya tambien como hombre de estado. Y sin duda que será mui desafortunado el que, como Juani-

llo, no dá de si mismo mas que un triste testimonio, y se acarrea la desconfianza y el desprecio de los que bien le conocen, por mas que se empeñe en deslumbrar con sus mentecatas. De alli es que la pretension del cosmopolita no mereció mas que una risa despreciativa, de parte de los colombianos; mientras que, en favor de la causa que representa el Jeneral Veintemilla, se vinieron con la mayor decision y entusiasmo, sin que el Gobierno del Ecuador ni los solicitara ni los necesitara; como lo dijo el Jefe Supremo, en su proclama, asegurando que con las fuerzas que guarnecian la capital, podia contrarrestar, no solo la vandálica expedicion de Yopez, sino un ejército organizado. Este aserto del denodado y patriota Capitan Jeneral D. Ignacio de Veintemilla fué confirmado con el hecho de que las fuerzas del Gobierno habian obtenido un espléndido triunfo sobre las acaudilladas por Yopez, antes de que las de Colombia se hubiesen acercado á Quito.

Es pues una verdad incontestable que para batir á Yopez y toda esa pobre falanje de jenerales, jefes, oficiales y soldados de los terroristas, no necesitaba el Capitan Jeneral Veintemilla ni la proteccion de las potencias europeas, ni el apoyo de las repúblicas vecinas. Sin embargo, el detractor consuetudinario, no encontrando un hecho positivo que poner á servicio de sus venganzas, trató de hacer recaer el veredicto de la epinion contra el Gobierno del Ecuador, suponiendo calumniosamente un pacto ó coalicion con Colombia, aquello que no fué mas que un arranque del entusiasmo y de la espontaneidad de los colombianos que creyeron amenazados sus intereses y los de la causa liberal, con

la insurreccion acaudillada por Yopez y auxiliada por los conservadores de Colombia, residentes en la frontera. Esta verdad se ha puesto en evidencia con la averiguacion prolija de los hechos y los documentos que se han publicado, quedando el culpado en el oprobio y la vergüenza el calumniante é ingrato re-jenerador.

III.



Minerva, bajo la figura de Mentor, no hizo una descripcion tan elocuente de las cualidades que deben adornar á un mandatario, como la que nos hace el *erudito* Juanillo. Fenelon en su *Telémaco* queda muy atras comparado con aquel. Le damos las gracias por que nos ha revelado una cosa ignorada. Ciertamente, por boca de este nuevo oráculo, hemos llegado á saber que *sería ridículo y absurdo que un Presidente se viese extraño á los rudimentos que elevan el espíritu á la Divinidad, subiéndole en esos globos invisibles de que se compone esta máquina portentosa del universo.* ¡Esto si que es el colmo de todo lo ridículo y de todo lo absurdo! Curioso seria que cuando haya necesidad de resolver un problema político, ó en los casos de una invasion exterior ó conmocion interior, el Presidente se propusiera salir del apuro dirijiéndose á la Divinidad por el camino de los *globos invisibles*.

“¿Quién sostendrá, dice el *sapientísimo* candelista, que un tonto puede ser un buen gobernante, ni que el mas inepto de todos ha de ser el mas insigne regidor del mundo?”

A la luz de los hechos se dejará conocer esta invectiva en toda su vergonzosa desnudez.

Los mismos candelistas, rejeneradores, balsamistas y espectadores no podrán desconocer, sin renegar de los principios que aparentan proclamar, que la situacion del país, ántes del Ocho de Setiembre, era la mas imponente y sombría. La atmósfera política se hallaba preñada de una furibunda tempestad. En tan difícil situacion, el inteligente y valeroso pueblo de Guayaquil puso los destinos del país bajo la salvaguardia del **ESCLARECIDO CIUDADANO Y BENEMÉRITO PATRIOTA, JENERAL D. IGNACIO DE VEINTEMILLA, QUE HA HONRADO LA REPUBLICA DENTRO Y FUERA DE ELLA CON LA FIRMEZA DE SUS PRINCIPIOS Y EL ABNEGADO PATRIOTISMO DE SUS ACTOS;** frases que testualmente se encuentran en el acta de pronunciamiento, á que se adhirieron todos.

Síguese de esto que, ó Guayaquil y todos los que se adhirieron á su pronunciamiento, procedieron tonta é insensatamente, en la eleccion del caudillo, lo que es absurdo suponer; ó la persona elejida para dominar tan difícil situacion, reunia las aptitudes necesarias.

Y en efecto, un hombre que combate á un ejército aguerrido, y por otra parte lleno de un fanático entusiasmo que rayaba en frenesí, á causa de las incesantes pláticas de una parte del clero, que pérfida y maliciosamente suponía que la trasformacion de Setiembre era un ataque á la relijion; un hombre que lucha, no solo contra el plomo y el hierro del enemigo, sino tambien contra las masas suble-

vadas por una porcion del clero; un hombre que se ha hecho superior á todo jénero de maquinaciones, con-
vinadas por terroristas, ultraliberales y ultramonta-
nos; un hombre que ha temperado la escitacion del
fanatismo, provocada con excomuniones y entredi-
chos, y para complemento de males, por una erup-
cion del Cotopáxi; un hombre que ha dominado el
furor de una prensa insolente y mordaz, agitada por
socialistas, ultramontanos y terroristas; un hombre
que tales cosas hace ¿estará destituido de la capaci-
dad que ellas requieren? Destituidos de sentido co-
mun deben estar los que piensan que todo eso no es
mas que obra de la fortuna.

Conjurar la bravia tenacidad de los conspira-
dores, disipar el huracan de elementos reaccionarios
y establecer la paz, á pesar del intento de traicion
de algunos que muy de cerca lo rodeaban; dominar-
lo todo; manifestarse superior á todo, pruebas elo-
cuentes son de que hay una especial capacidad, un
talento que no lo tienen los que de sabios se jactan.

Sean francos y digan si colocado cualquie-
ra de ellos en la Jefetura Suprema ¿hubiera podido
aplacar las furias conjuradas, elevarse á la presiden-
cia constitucional de la República y sostenerse en el
puesto?

Cada cosa exige un talento especial, señor
Candelista, talento que no dá el estudio sinó la natu-
raleza. Unos tendrán talento para la literatura, otros
para la medicina, otros para la jurisprudencia, otros
para las matemáticas y ciencias naturales, otros en
fin para gobernar un pais. Y si á uno de nuestros
literatos, médicos ó abogados se le hubiese confiado
el timon de la nave, timonel y tripulacion se habrian

nerjido en el abismo. Mas el Capitan Jeneral D. Macario de Veintemilla, sin ser escritor, libelista, ni poeta por recomendacion, como nuestro rejenerador, *ni astrónomo, ni matemático*, ha tenido el talento necesario para dominar las enfurecidas olas y conducir el buque al puerto de salvacion.

Preguntamos al regenerador candelista, á los espectadores y balsamistas ¿cual de los mandatarios, que nuestro pais há pasado por la borrascosa situacion que el Capitan Jeneral Veintemilla? ¿Cual es el que pueda disputarle superioridad porque haya atravesado mayores azares y dominado la espantosa voragine de una política enfurecida?

Preguntamos aun mas ¿cuál de los gobiernos sudamericanos ha encontrado mayores obstáculos que los que se le han presentado al actual gobierno del Ecuador?

Una situacion creada por la constante accion del fanatismo inoculado hasta en la médula de los sudamericanos, por el largo periodo de tres lustros, era por sí sola una valla insuperable. Pero el Capitan Jeneral todo lo ha arrojado con ánimo inquebrantable, y todo lo ha dominado con innegable habilidad.

Es, pues, una insulsez, una petulancia insostenible, exigir que el presidente sea una especie de enciclopedia ó miscelánea literaria. Ciertas dotes de gobierno, prestigio popular, firmeza de voluntad, un valor probado para salvar la patria de los mayores peligros, son cualidades que deben buscarse en el gobernante, ántes que *rudimentos de astronomía para compararse á la Divinidad por los globos invisibles de que se compone esta máquina portentosa del universo.*

Y juzgando imparcialmente al Capitan Jeneral

Veintemilla, no podemos menos que reconocer en aptitudes poco comunes para gobernar. Allí están sus actos que reflejan circunspección, un gran tino y la conveniente reserva. Y en cuanto al acierto, los resultados responden. Si ha podido dominar la situación y establecer la marcha de los asuntos públicos no cabe duda que ha acertado en la elección de los medios. Previsión, cálculo, una rigurosa apreciación de los hombres y de las circunstancias, no pueden ser sino condiciones intelectuales que se requieren para el acierto.

Por consiguiente, *tonto* es el que dá este calificativo al distinguido ciudadano que sobreponiéndose á todo obstáculo, se encuentra gobernando el país; *inepto* es el que así ha querido llamar al mandatario que ha tenido la capacidad necesaria para constituir las bases de su administración en una época tempestuosa.

Pero el cosmopolita siempre falso y calumnioso, no tiene sino el mezquino empeño de deprimir méritos incontestables. Abrumado con la elocuencia de los hechos, y no pudiendo contestar los argumentos que de ellos se desprenden, apela al ridículo subterfugio de atribuir á la fortuna todo lo que eleva y ennoblece al caudillo proclamado en Setiembre. *El vencedor ignorante no es mas que hombre afortunado*, dice el virulento rejenerador. Pero sí es ignorante en el arte de la guerra ¿cómo ha podido vencer? Si es ignorante para dominar ¿cómo es que ha dominado la mas difícil situación? Si es ignorante para gobernar, ¿cómo es que está gobernando? Dirá que por virtud y gracia de la fortuna. Pero ¿que entidad es esta que rije los destinos de la humanidad, y sin

embargo, tan estúpida que *se aficiona de lo peor*, según dice el libelista consuetudinario?

Fortuna es una palabra vacia de sentido, señor Cosmopolita, y como tal la invoca vuestro talento vacio de sensatez y de buen juicio. Cosa admirable que siendo como U. presume ser tan *lleno*, se manifieste tan vacio atribuyendo á la fortuna lo que es obra de las leyes que rijen la humanidad. Ha hecho U. de esa palabra una divinidad, tratando así de trasmitirnos un vestijio de las tradiciones paganas. No tardará U. en divinizar tambien su vanidad y su orgullo, y obligarnos á tributarles culto. Pero, en fin, por lo mismo que es U. mas partidario del fatalismo que la jente supersticiosa del pueblo, debe ser consecuente, y conformarse con los irrevocables decretos de la ciega fortuna, y someterse resignadamente al que ella ha designado para gobernar el pais, y conservar á U. en la insignificancia á que es acreedor; y sino pregúntese á los contemporáneos ¿ha sido U. alguna vez elejido siquiera consejero ó alcalde municipal? Jamas. No por que á U. le haya faltado voluntad de ser aunque sea corchete ó presidente de la internacional, sino por que el pueblo que conoce á U. lo rechasa para todo.

IV.

Pero vamos al busilis del asunto. Se deja ver á las claras, que el presumido regenerador quiere exhibirse como el prodijio de talento, á quien la Providencia lo agració con ese don celestial, y tambien

con todo jénero de virtudes. Buena fé, prudencia, pundonor, delicadas aprensiones, moderacion, pulcritud, modestia, es lo que exige de un presidente el que bajo cierto disimulo no quiere decirnos sino *ved en mí al hombre llamado á gobernar el pais.*

Y tendrá esas decantadas virtudes nuestro *eminente* escritor? Si mal no recuerdo las lecciones de moral que me dieron en la infancia, la buena fé está de riña con el que escribe impulsado por el amor propio, el odio y la venganza. ¿Y habrá prudencia donde existen esos móviles?

Ahora respecto á pundonor, si como dice el *preclaro* moralista, consiste en “una afeccion que purifica y deja limpia el alma con el castigo que los buenos se imponen á si propios,” solamente las inteligencias *sublimadas*, como la del regenerador, pueden comprender que una afeccion purifique el alma y que despues de purificada la deje limpia, por si acaso la purificacion haya dejado algo á cargo de la limpieza.—Asi mismo solo un *elevado* entendimiento concibe que “el castigo que los buenos se imponen, sean impuestos á si propios”; pues por mas que se haya estudiado gramática, nadie sabe que la forma reflexiva *se imponen*, quiere decir á *si propios*. Pero en fin, sea esto un fárrago ó no lo sea, preguntemos si nuestro moralista se há impuesto alguna salvadora penitencia para purificar su alma de la inmundanda lepra de tantas pasiones que lo dominan?

Y en cuanto á delicadas aprensiones ¿las tendrá el que, salvando la valla de toda delicadeza, insulta en sus escritos de la manera mas indigna?

¡Moderacion y modestia! ¿Donde está ni un pequeño vestijio de estas virtudes, en el que ataca

¿a todos sin respetar la verdad ni la justicia? en el que no tiene el menor recato para hablar de si mismo y hacer su propio elogio?

Ahora respecto á pulcritud, nadie sino el cosmopolita ha podido enumerarla entre las virtudes, pues simplemente significa el esmero constante en la limpieza ó aseo, en la compostura ó adorno de la persona. Pero el *sapientísimo* escritor exige pulcritud en el gobernante, es decir, que debe ser limpio, aseado, aliñado, hermoso, bien parecido, elegante y todo cuanto significa la palabra *pulcro*.

No pasaré por alto una circunstancia bien notable que arguye perentoriamente contra la pretendida sabiduría del *clásico* escritor. Hablando de la sinceridad y rectitud, dice que la primera es lo mismo que *verdad*, y que la segunda quiere decir *conciencia*.

Cierto es que la sinceridad es una cualidad ó disposición del individuo para hablar la verdad; pero ni todos los rejenadores del mundo podrán demostrar que esta sea lo mismo que aquella. Si así fuera se podría usar indiferentemente la una por la otra; de tal manera que cuando se afirma que *dos y dos son cuatro*, podía decirse indiferentemente *esto es verdad*, ó *esto es sinceridad*. Así mismo si se dijera que *una ciencia es un conjunto de verdades metódicamente ordenadas*, también se podría decir que es *un conjunto de sinceridades metódicamente ordenadas*. Es cosa muy extraña que un *hablista rival de Cervantes, Moratin y Santa Teresa*, no conozca la significación de las palabras, ni sepa que la sinceridad consiste en la pureza de intención, la naturalidad, la injenuidad, la sencillez, sin que ninguna de estas cosas pueda confun-

dirse con la verdad, y sin que ninguna se encuentre en nuestro peregrino rejenerador.

Y en cuanto á que *rectitud* quiere decir *conciencia*, no podemos ménos que atribuir locura al que bajo su firma ha podido estampar tal disparate ¡Moralistas de todos los siglos, callad cuando habla un loco! Y como trata de burlarse hasta del sentido comun, preciso es hacer notar la falta de juicio, demostrando que *rectitud* no quiere decir *conciencia*.

En efecto, consistiendo esta, segun la aceptacion moral, en el íntimo conocimiento á cerca de la bondad ó malicia de las acciones, la *rectitud* cuando mas podrá ser alguna vez un atributo de la *conciencia*; pero nadie ignora que el atributo no es idéntico al sujeto.

Ahora, pues, si por *rectitud* se entiende, equidad, integridad, imparcialidad en la distribucion ó aplicacion de la justicia, podemos asegurar que el que procede con *rectitud*, obra en *conciencia*; pero no por eso estaríamos autorizados á decir que esta es lo mismo que cualquiera de esas cualidades. No repugna de ninguna manera el que se diga que un hombre es equitativo, íntegro, imparcial; pero se sublevaria el buen sentido si se dijera que *un hombre es conciencia*.

Mas sí por *rectitud* se entiende firmeza, gravedad, rigidez de carácter, un tirano, como por ejemplo Garcia Moreno, tiene firmeza incontrastable en sus determinaciones, gravedad para obrar y rigidez para hacer que se cumplan sus órdenes, toda vez que se trata de inmolar en el cadalso á las víctimas de la tiranía; y no se podria decir jamás, sin trastornar el órden lójico y moral de las ideas, que

esas crueldades sean consumadas *en conciencia* porque fueron ejecutadas con gravedad, firmeza y rigidez.

Así, nuestro moralista, ha suelto en el papel su insostenible aserto, con ridícula gravedad, en tono pedagógico; y sin embargo, no tiene conciencia de lo que ha dicho, como no la tiene ningun loco.

Razon tiene de parapetarse con la historia, porque saliendo de ese atrincheramiento ¡adios sabiduría! Además, es un recurso muy cómodo para todo vanidoso deslumbrar á las jentes con anécdotas y cuentos, pues por lo regular gustan de narraciones, y con sus elojios fomentan la vanidad del autor.

Los que hacen consistir la grandeza de un escritor en no comprenderle, porque si le entendieran creerian que la inteligencia de aquel estaba al nivel de la vulgaridad; esas gentes á quienes agrada un lenguaje altisonante y frases' que retumben de tímpano á tímpano, dicen que su héroe es un escritor inimitable, que maneja el castellano de una manera estupenda. Y cuando hay una gran profusion de alusiones históricas, entónces los ciegos procélitos de lo que no entienden, se deshacen en alabanzas y aplausos.

Juanillo es un escritor para quien es imposible escribir un solo renglon sin enjaretar la historia de todos los siglos. Es una especie de historiómano con feliz memoria; y para facilitarla y aparentar erudicion tiene un gran protocolo de citas, á donde acude en busca de las que sean análogas al asunto de que quiere escribir. Por eso es que en todo cuanto escribe no hay mas que historia y tente perro.

Quiere, *vervi gracia*, decir algo sobre los

caracteres de la elocuencia, en su Dejenador (*) sin pies ni cabeza, y allá van Marco Julio Ciceron, Vérres, el cuestor de Sicilia y Catilina.

Quiere anunciarse como conoedor de la lengua castellana, y allá van Campani, Moratin, Hurtado de Mendoza, Luis de Guevara, Jovellanos, Fernandez Guerra, Clemencin, Vicente de los Rios.

Se propone defender el cuartel, allá van Turena, Napoleon Bonaparte, Kleber, Federico el Grande, Guillermo primero, Carlos Federico, Moltke, Manteúffel.

Se decide por hacer un elojio á los conventos, y allá van Esiodo, Homero, Hipócrates, Asclepiadeo, Platon, Aristóteles, Herodoto, Tucídides, Pericles y Demóstenes.

Intenta refutar el aserto de un diputado neogranadino, y allá van, Flores, Otamendi, Mota, Berriña, Garcia del Rio, Zulen, Irizarri.

Pretende hacer un elojio de Bolivar, y allá van Exili, Tudiceli, Simon de Monfort, los Girondinos, Humboldt, Cincinato, Furio Camilo, Washington, Lafayette, Daniel O'Connell.

Desea vindicar al Libertador de la imputacion de crueldad, y allá van Pizarro, Valverde, Enrile, Zámamo, Zuázola, Cervéris, Francia y Rosas; habiéndose olvidado de Garcia Moreno, porque ahora ya es de su partido, aunque antes lo haya calificado de tigre feroz.

Impcsible le es, como dice un célebre escritor, empezar un escrito cualquiera, "sin echarle de

(*) Este es el nombre que le conviene con propiedad, pues muy léjos de producir un efecto *rejuvenativo*, solo tiende a *dejenar* hasta las ideas fundamentales.

lante, á manera de peon caminero, el nombre de algun personaje que le vaya abriendo el camino.”

De este modo cree hacer muy variada la visualidad del escrito, ostentar conocimientos históricos, como si nadie supiese historia, y dar una prueba de que consume todo su tiempo en la lectura. Esgrime la espada de la erudicion á las dos mil maravillas, hasta el extremo de que él mismo se corta con su arma favorita, pues parece que impone silencio á su propio pensamiento, por tener el placer de repetir pensamientos ajenos.

Dando cuerda á su pueril vanidad, todo su empeño es deslumbrar á los lectores, y arrancarles aplausos. Los espíritus vulgares no se cuidan de los lazos que se les tiende, ni quieren persuadirse de que *mas difícil es tener mucho saber, que aparentarlo*. Pero los hombres sensatos se rien de esas patrañas, seguros de que, aunque les vaya con toda la historia de los que fueron, de los que son y de lo que han de ser, no encontrará quien apruebe la candidez de *ir por agua á los rios extranjeros, si en la propia casa hubiere cristalinas fuentes*.

V.

Un escritor tan *pulcro*, cuyas composiciones se leen con tan viva atraccion, como un trabajo literario del mejor publicista, ó una composicion poética de cualquier encumbrado vate; un escritor que posee en su pluma una varita mágica que hace llover poéticas flores sobre las

materias que trata; si señores, un escritor de tanta *pulcritud y prosa* raya en lo asqueroso y nauseabundo, según lo manifiestan las inmundicias de que están salpicados sus escritos, como aquello de VOMITAR LA COMIDA, Y VOLVER A COMER LO VOMITADO; cosa repugnantísima que no la habría dicho ni el escritor más vulgar y adocenado, y la dice el rejenerador, como el poético destello de tan encumbrado vate, ó como una hermosa flor producida por la mágica varita de su pluma.

Decencia es magestad; decencia vuelve rey ó un hombre humilde, dice el indecente escritor. Preconiza la decencia como una condicion que eleva al humilde, y el hombre orgulloso baja por la pendiente de la indecencia al inmundo fango de las cloacas.

Sigamos examinando los denuestos, las diatribas y los absurdos del cosmopolita.

Si la doblez y la falsia son reprobadas aun entre los que han pretendido reducirlos á sistema; ¿qué será, dice el pérfido escritor, *en las relaciones de la vida comun donde los hombres de pundonor hablan con el corazon en la mano?* ¿Qué será, debemos decir á nuestra vez, en los escritores que prostituyen su mision escribiendo con dobleces y falsias?

La impostura envilece al verdugo mismo, he aquí el aforismo con que ha dado su propia sentencia el verdugo de reputaciones honradas. Citar hechos apócrifos, darles una interpretacion siniestra, publicar folletos y hojas sueltas en nombre de otro, denigrar el personal de una administracion, por que con ella no puede conseguir lo que pretende, atribuir picardias y desvergüenzas ¡un escritor, señores, un escritor! ¡Ah un pueblo donde hay semejan-

Los escritores, mantiene en su seno el jérmén de la resolución.

Insistiendo en el prurito de moralista, dice además que *probidad es no cojer lo ajeno, no robar.*

La extraordinaria cabeza de tan extraordinario escritor, pretende trasmitirnos extraordinarias definiciones. ¡Con que probidad es no cojer lo ajeno, no robar! De tal manera que, según la doctrina del regenerador, un hombre puede ser probo aunque cometa todos los crímenes imaginables, con tal de que observe el precepto *Non furtum facies*, no robarás.

Por honor á la verdad decimos que bajo la palabra *probidad* se entiende la hombría de bien, la honradez á toda prueba, la noble y virtuosa disposición de no hacer mal á nadie, la rectitud y justificación para obrar con arreglo á la equidad y al derecho, el amor en fin á todo lo justo y razonable.

Así, un escritor, aunque no robe no será un hombre probo, si por otra parte despedaza el honor de personas á quienes aborrece; si se vale de la falsía, de la mentira, de la calumnia y del embuste para sojuzgar al público; si pone en juego sus maquinaciones para dar cima á miras depravadas y egoistas; si maliciosamente consigna una falsa definición de *probidad*, y se avanza á trasmitir errores de trascendencia, abusando de la sencillez de los pueblos y de una falsa é inmerecida reputación; si con incendiaria pluma trata de subvertir el orden, provocar matanzas, escitar el furor de pasiones políticas, ahogar en sangre la patria y causar incalculables calamidades. ¡No! Un hombre semejante, aunque no robe, no puede ser probo.

Muchas virtudes exige de un presidente el *conspicuo* moralista; y no se ha fijado en las que se requieren para ser buen escritor. Pero nos ha llamado la atencion que entre las virtudes que consigna, no haya incluido la gratitud, ese magnífico sentimiento de profunda adhesion, de afecto benévolo hácia el objeto ó persona de quien se ha recibido algun favor ó prueba de estimacion.

Tan notable omision del *rígido* moralista ¿será tal vez porque opina que la gratitud es virtud de los desvalidos, mas no de los ambiciosos? Semejante concepto sería un funesto error que conduce á la negacion recíproca de todo servicio, pues nadie querría cosechar abrojos de ingratitude.

Qué deber tiene el pequeño para ofrecer sus servicios al grande? ¿Y qué derecho tiene éste para exigirlos de aquel?

La gratitud es la honradez de todo corazon noble, de toda alma pura. Con ella se paga moralmente la deuda que se ha contraido con los hombres, quedando á la libertad del agradecido la justa remuneracion material en la primera oportunidad. Es una deuda que no está garantida por un documento, ni por la palabra del hombre, y que sin embargo enjendra una obligacion mayor que todo documento y toda palabra; pues la garantizan el pundonor, la probidad, la delicadeza y la justicia, que á juicio de las almas honradas, valen mas que las leyes humanas. Por consiguiente, decir que el ambicioso no está obligado á la gratitud, equivale á decir que no es probo, pundonoroso, delicado, ni justo.

La gratitud es una de las bases de la sociedad, pues se funda en la justicia. No puede haber

hombres justos si son desagradecidos. Aquel en quien no se ha desenvuelto el bellísimo sentimiento de gratitud es un monstruo en el órden moral, y se coloca en un nivel inferior al de los brutos, pues aun estos saben mostrarse agradecidos.

El hombre que sabe agradecer se hace digno de nuevos servicios; pero el ingrato aleja de sí toda disposicion benévola y se concita el odio de los demas.

El delito de ingratitud debia ser enérgicamente reprimido por la ley, en bien de la sociedad, como lo desea el gran jurisconsulto inglés; pero la insuficiencia humana no ha podido someterlo á la sancion legal, por ser imposible apreciar con toda exactitud los grados de ese delito; y ademas, porque seria muy difícil comprobarlo. Para hacer un servicio noble y jenerosamente, no se busca testigos. Pero por lo mismo, es una de las infracciones de la justicia que mas inmediatamente recibe la inexorable sancion del desprecio.

Parece pues, que el rejenerador ha rehuído esta cuestion, porque tiene la conciencia de que cuanto dijera en favor de la gratitud, no sería sino un tremendo cargo contra sí mismo.

VI.

Parodiando la manera de coordinar las frases que acostumbra el *elegante* escritor, *segun su propia indumentaria*, diremos, ambicion, orgullo, ingratitud vanidad, soberbia, envidia, pasiones son que caracterizan al que pretende llamarse rejenerador.

Ambicioso, tiene una eterna y jamás cumplida aspiracion de ocupar los primeros puestos. Al no conseguirlo, se conspira contra todos los gobiernos que no le conceden lo que desea; y á esa constante conspiracion, impelida por motivos puramente egoistas, la califica de *firmeza de carácter, enerjia de voluntad, inconstable adhesion por la patria* y otros piropos que él sabe prodigarse, para embaucar á los tontos.

Si Garcia Moreno le hubiese dado algo, habria santificado á ese tirano: no le dió nada, y se hizo su enemigo. Si Borrero le hubiese dado algo, habria justificado el hecho de gobernar con una constitucion ignominiosa: no le dió nada, y fué su enemigo. Si el Capitan Jeneral Veintemilla le hubiese dado algo, no habria para él un gobierno mejor; pero ahora lo califica de pésimo, porque no quiere darle nada, por mas que le pide. *Si yo estuviera en Francia, el Ecuador no aparecería tan pequeño*, dijo en una de sus publicaciones. ¿Habrá un modo de pedir con mas descaro y presuncion un cargo diplomático?

Orgullosa, se sopla como un pavo, y hasta sus escritos participan de esa hinchazon peculiar al autor.

Se cree superior á todos los hombres, y piensa que la humanidad entera debe prosternársele. No permite que nada se le acerque, por que á su lado todo es asco, todo escoria. De allí ese carácter adusto y misántropo, por el que se retrae desdeñosamente de los demas, mirándolos en nada, pero eso sí, captándose por lo mismo el desprecio de todos, á pesar de hallarse condecorado con los dicta-

dos, de *cosmopolita, regenerador, héroe de nuestra historia contemporánea, jenuino representante de esta jeneracion, grandiosa síntesis de la idea liberal, viva encarnacion de eminentes virtudes*, y otros títulos tan pomposos como ridículos, que son el cortejo de su orgullo y vanidad.

Ingrato, jamás agradece los beneficios que recibe; y al contrario se declara acérrimo enemigo de los que lo favorecen. Exije el bolsillo ajeno imperiosamente, con tono de un patron grosero que pide á sus sirvientes lo que les ha dado á guardar. ¿Y como paga á los que lo favorecen? Con la mayor villanía é ingratitud; y sino respondan los que se han sacrificado por él.

¡Pérfidamente ingrato, furioso detractor é inconsecuente como particular ¿qué seria como hombre público? El déspota mas feroz y sanguinario.

Vanidoso, se infatúa creyéndose de la mas alta valía. Preocupado de sí mismo, todas sus acciones y pensamientos se dirijen tan solo á la satisfaccion de su amor propio.

Soberbio, se enfurece cuando no se le tributan los homenajes que exige. Pide cinco mil francos ó nada; pero se conforma con lo que le dan, puesto que lleva la intencion de no agradecer ni devolver lo recibido. Al pedir la suma que se le antoja, no la exige como un servicio, sino como el cumplimiento de un deber, porque tiene la persuacion de que todos los hombres son unos brutos, creados para servir al único ser intelijente que es él. Mas en el caso de que le nieguen lo que pide, entónces prorrumpes en improperios contra los que le han negado, los desacredita y deshonra. *La bolsa ó la vida,*

dice el bandido á su víctima. *La bolsa ó la honra* dice Juanillo á los que puede atrapar en sus garras como lo ha manifestado el Dr. Mariano Mestanza e sus publicaciones.

Envidioso, se consume con esa pasion indigna, miserable y baja que consiste en un ruin pesa del bien y prosperidad ajena; con esa pasion que lleva en si misma su mayor castigo, por lo mucho que sufre el envidioso.

Por eso Juanillo se roe los codos de envidia y promete huir para siempre de su pais donde tanto le hace sufrir esa mezquina pasion, pues á cada momento la exitan y aguijonean las manifestaciones de aprecio que se hacen al Capitan Jeneral Veintemilla como la que se hizo el dia de sus cumple años.

A un amigo, á un pariente, se le festeja en su natalicio; pero la envidia de Juanillo no ha podido soportar que los amigos de ese Jeneral hayan festejado, con espontáneas erogaciones particulares al Jefe del Estado, al Caudillo de la gloriosa transformacion de Setiembre, al amigo, en fin, á quien profesan sus simpatias.

Para deprimir al que es objeto de su envidia, dice Juanillo que no son los honores los que constituyen á los grandes hombres, sino la gloria y la honra. Pero si se los tributaran á él, diría, con una regular dosis de vanidad, que son homenajes debidos á un grande hombre. Búsquense títulos á la gloria y motivos de honra en el que tanto aborrece el envidioso escritor, y no será difícil encontrarlos. Gloriosa fué, en efecto, la fecha de Setiembre que inició una nueva era; glorioso el triunfo obtenido el Catorce de Diciembre sobre los conservadores del

antiguo régimen ; glorioso el hecho de haber rasgado la constitucion garciana, que se llamó *padron de ignominias*.

Y en cuanto á honra, no es pequeña la de no permitir el triunfo de los demagogos y terroristas, que intentan escalar el poder para echar abajo el edificio de la libertad.

VII.

Fecundo el rejenerador para inventar anécdotas, con la pretension de amenizar sus escritos, cuando no es con la de hacer su propio encomio, nos trae de las orejas el cuento de que el Jeneral Bolivar libró de la muerte á un sarjento, á pesar de que aparentemente se mostró inexorable á los ruegos y súplicas de personas que se interesaban por él ; que el sarjento vivió libre y feliz, con otro nombre, bendiciendo con su esposa á su bienhechor ; y que cuando supo el fallecimiento de éste, lloraba amargamente, manifestando su gratitud por el que le habia salvado la vida.

Al hacer esta narracion, no reflexionó Juanillo que no hacia mas que formular su propia acusacion. Pues en efecto ¿cómo ha podido hablar de un rasgo de gratitud el que se muestra tan ingrato y desconocido para con el que lo libertó en los mas amargos conflictos?

Muy bien recordará el cosmopolita que el 16 de Enero de 1869, cuando iba á ser aprehendido en Quito por la escolta, ántes de que ésta lo tomase, se

le presentó el Jeneral Veintemilla, y lo libró, asilándolo en casa del ministro de Colombia, y en seguida le facilitó los medios necesarios para su marcha fuera del país, á fin de ponerlo en completa seguridad.

Todos los que conocen los acontecimientos de aquella época, saben los servicios que jenorosamente le ha dispensado al cosmopolita el Jeneral Veintemilla, quien probablemente ignoraba el carácter ruin de su favorecido. Y á la verdad muy léjos de corresponder con la gratitud del sarjento, tan pronto como volvió á América se convirtió en furioso calumniador del que tanto lo habia servido ¿y por qué tan vil procedimiento? Por que habiendo sin duda llegado á conocer el Jefe Supremo las malas tendencias y pésimas aspiraciones, las depravadas venganzas, las inconsecuencias y perfidias, el carácter altanero y vanidoso del cosmopolita, lo ha rechazado, sin darle ningun empleo, ni participacion alguna en la gloriosa trasformacion de Setiembre. Y se ha verificado lo que, según hemos llegado á saber, varias personas decian en Europa: “No hay que hacer bien á cierta clase de hombres como Juanillo, por que cualquier servicio, sea grande ó pequeño, es la patente para que se declare enemigo irreconciliable.”

Segun se refiere, Juanillo decia á sus correligionarios. “Las revoluciones no han estallado, ó no han triunfado, por que los caudillos no han seguido mis inspiraciones. Para consumir nuestros propósitos, conviene que principiemos por matar al Jefe Supremo, y acabar con todos los que se nos pongan de frente. Entónces seremos grandes: habremos humi-

lado á los ricos, y apoderádonos de su fortuna. Lan-
aremos fuera á todos los que visten el hábito mora-
o, y á todo su séquito de frailes y de monjas; y sus
bienes nos servirán para indemnizarnos de nuestros
sacrificios. Al efecto, contaremos con la coopera-
cion de los prohombres como Moncayo, Carbo, &
Y UU. Alfarito, Valverde y Balda, serán los jefes de
partido. En fin, amigos, para triunfar en nuestra
causa no hay que detenerse en los medios .”

Se asegura que uno de los Juanillistas, horro-
rizado de tan depravado plan, lo puso en conocimien-
to del Jefe Supremo, quien por evitar la deshonor y
vergüenza del pais, no lo puso en causa á Juanillo,
y se limitó á la medida de espatriarlo temporalmen-
te. Mas los empeños de individuos que de cerca ro-
deaban al Jefe Supremo, consiguieron que este le o-
torgara el salvo conducto; y ademas prometió al Dr.
Constantino Fernandez, y demas espectadores, que
Juanillo seria diputado á la Convencion por la pro-
vincia de Esmeraldas, pues que suplicaria á los ami-
gos pusieran en juego su influencia, á fin de que el
cosmopolita obtenga, por primera vez en su vida,
tan alto honor.

Y en efecto, asi sucedió. Mas, segun se dice,
el Jefe Supremo tomó interes en todo esto, por que
queria que concurrieran á la Convencion ciertas
entidades de reputacion mal adquirida, para exhibir-
las en su vergonzosa nulidad; entidades que aparen-
temente están vestidas de oropel, y que en la reali-
dad todo se reduce á ojarasca. Ya hemos visto á
algunos que queriendo ser mucho, han manifestado
ser nada. Hemos visto tambien la falta de concu-
rrencia á la Convencion, alegando tener una úlce-

ra ó cancro en la lengua, siendo así que el cancro estaba en el corazón, y que el alma se hallaba ulcerada, por no haber obtenido un destino, un empleo, de alcalde ó alguacil mayor.

Los hombres que como Juanillo, no han hecho jamás nada en favor de sus semejantes, ni de la patria, son enemigos de esta y de la humanidad. Esa clase de hombres podrán deslumbrar en el exterior; pero para honra y gloria del país, es muy bien conocido aquí el rejenerador, jefe de los candelistas, espectadores etc., cuyo pequeño círculo es despreciado como su jefe por la sociedad y hasta por los suyos.

CARACTERES DE LOS ESCRITORES

EL LIBELISTA.

“¡Cuántos mendigos se están ahí á la puerta de las naciones, pidiendo por Dios, sin que nadie les eche un mendrugo!” esclama el mendigo del mendrugo de un destino. Y ciertamente que lo ha sido desde la época del Jeneral Urvina, quien fastidiado de la sempiterna plegaria de aquel, por que lo enviara á Europa, le concedió al fin ese favor creyendo

hacer un bien al país, sin calcular que le hacia un verdadero mal. Y en efecto, lo poco que aprendió el ingrato mendigo político, hizo servir de arma ofensiva contra los prohombres del Ecuador.

El mendigo escritor, lleno de historia hasta la médula de los huesos, pero destituido de buen juicio, tiene puntos de analogía é íntima semejanza con Sorrosa y Ubillus. El primero, hombre de una mediocre facilidad para escribir, y bastante leguleyo, daba su firma ó redactaba escritos contra el jènero humano, y sin respetar clase ni sexo ponía en juego toda su virulencia y diatriva. Juanillo hace otro tanto. Ya sea en los escritos que publica bajo su firma, ó en los que hace publicar bajo la de algun iluso, ataca hoy con el puñal de la difamacion al que lo salvò ayer del tormento y la deshonra; y lo hace sin que le detenga ni la consideracion á los que de cerca le pertenecen, ni el respeto á los que debe su manera de ser. Ya sea como hombre político, ó individuo de principios doctrinales, el discípulo y compañero de Sorrosa es el prototipo de todos los ingratos, de todos los falsos é inconsecuentes hombres que sustenta la tierra. Es una entidad indefinible, incomprensible é inadmisibile en ningun bando político. Y por decirlo de una vez, no es mas que la verdadera nada.

El que no ha amado á sus padres; el que no ama ni considera á su hermano y familia; el que no ha amado ni considerado á su esposa é hija ¿qué podrá considerar ni amar? ¿Cómo se le puede creer que sea consecuente con sus principios, ni que tenga amor por la patria?

Aborrece y desacredita á todos; cambia como una veleta, y tiene la fátua presuncion de creer que

con su pluma puede dar fuerza ó valor á un partido. Pero á pesar de que presume ser el hombre mas inteligente del mundo, no ha podido comprender que la opinion pública lo rechaza con horror, pues todos saben que cualquier partido á que él se afilie lo daña y corrompe con su aliento pestilencial, que puede contaminar hasta la atmósfera.

Veamos ahora la semejanza que hay entre Juanillo y Ubillus. Este proclamó la *paz universal*; y aquel la *paz de oro* para el Ecuador. Era precisamente *oro* lo que él deseaba; y en consiguiéndolo ya la paz quedaba establecida en el pais. En un triste monólogo decia “Héteme aquí hecho un rejenerador en busca de metálico para rejenerar mi famélica situacion, y sin embargo la rejeneracion de Setiembre no me dá oro, á causa de que el Jefe Supremo no me emplea; por consiguiente no puede haber paz. Y desde luego me preparo á dividir los partidos, desacreditar al Gobierno y cambiar su personal. De ese modo figuraré en primera línea, me locupletaré de oro y quedará establecida la paz ; *Oh paz de oro!* preciso es buscarte con todo afan!”

El Doctor Ubillus no buscaba la *paz de oro* que es sinónimo de miras egoistas, disfrazadas con pomposas palabras, buscaba sí la *paz universal* en las altas rejiones de la filantropía, predicando la union, el amor y caridad entre los hombres. Pero Juanillo busca su *paz de oro* poniendo en conmocion las pasiones, con la calumnia, el insulto y la amenaza.” Mi pluma es un gran poder, dice el *pacificador*. Venga una cartera, ó una legacion, ó cualquier destino honroso y lucrativo, y aquí está mi pluma para sostener la paz; y si no me lo conceden, levanto el hu-

racan de la discordia. Mi pluma, que es como un ariete, los triturará. Con ella los desacreditaré ante el mundo entero. Mis escritos serán leídos en todas partes; y por calumniosos que sean, de la calumnia algo queda.”

Pero segun se sabe el Presidente le contesta: “Quédate con tu pluma, con tu mentira y tu calumnia, y con todas tus quijotescas pretensiones, porque hombres de tu condicion mercenaria, infame y vil, no figurarán jamás en mi gobierno, ni tendrán aceptacion en ningun círculo de hombres honrados”

De tal suerte que el Presidente no hace caso de tal hombre. Mira con desprecio sus escritos, para no darle la importancia que él creé darse. Y á la verdad para combatir á los libelistas apasionados, á los pasquineros asalariados, no necesita el Capitan Jeneral Veintemilla impugnar los escritos de aquellos por la prensa, puesto que todos los conocen, y cada publicacion que hacen no sirve sino para hundirlos en su propio descrédito y deshonor.

Pero á pesar de todo, insiste el rejenerador en su fatuidad de escribir ¿y para qué? ¿cuáles son sus partidarios? Ni aun entre aquellos que antes le favorecian, hay alguno que conserve su amistad ó aprecio por él. Es un hombre que abriga depravadas intenciones, instintos dañados y feroces, ideas de desolacion y espanto. Si estuvieran la fuerza y el poder á su alcance cumpliría con la intencion expresada en Europa al H. Sr “Manuel Gomez de la Torre, á quien le decia: “Señor Don Manuel, si algun dia triunfamos en ese pais de salvajes, necesario es fusilar á todos los conservadores, y diezmar á

los liberales.” El señor Gomez de la Torre asombrado fué y contó á varios de sus amigos, diciéndoles: “Estoy aturdido con la idea de este monstruo ¿Qué sería de nuestro pais, si este hombre llegara siquiera á ser Gobernador de una Provincia ?

IX.

Dice el eterno panejirista de si mismo que *por falta de imprenta se vé en la precision de reducir á pedazos los hijos de su alma y su ingenio*; esos hijos, que son sus artículos, *aplaudidos en “La Revista”, como la obra maestra de literatura americana.*

Dejando al criterio público el calificativo que merecen estos asertos, vamos á manifestar su falsedad.

¿Habrà falta de imprenta allí donde se publican, sin que jamas se les haya puesto obstáculo alguno, los rejeneradores, los bálsamos, los espectadores, las candelas y tantas hojas sueltas, *hijas del alma y del ingenio* de su autor? Se podrá decir que no hai imprenta, donde se agota el diccionario de la diatriva, de la infamia y la calumnia, engendros abominables de una alma depravada y de su maligno ingenio? ¿Habrà falta de imprenta donde, por medio de incesantes publicaciones, hace el difamador calumniante su propio elogio y el de los *hijos de su alma*?

Quejándose de la imprenta, asegura el clásico y elegante hablista que á cada rato le vá el impresor diciéndole: “Señor, no hay á: Señor, se aca-

ó la ó: Señor, falta la í." Pero lo maravilloso es, que acabándose la ó, no habiendo á y faltando la í, e hagan sin embargo todas las publicaciones que lesea el famoso calumniador.

Lo cierto es que cuando los cajistas se quean de que no hay á, quieren decir "¡ay! no tenemos ya paciencia para imprimir devalde." Cuando dicen que se les acabó la o, esclaman "¡oh! ¡qué virulencias! ¡qué corazón tan pérfido é ingrato!" Cuando aseguran que les falta la i, interrogan "¿y hasta cuando se encuentra entre nosotros este cuervo ó mendigo político?"

Muy satisfecha se manifiesta la vanidad de Juanillo por que se haya dicho en "La Revista," que sus artículos son obra maestra de literatura. Y por que así se dijo en "La Revista" ¿debe ser ello cierto? ¿No sabe todo el mundo el empeño que toma el infatuado escritor por que se alaben sus escritos, y que pudo haberse valido muy bien de algun amigo para que diga que son modelos de literatura? Si en realidad lo fueran ¿cómo es que á pesar de todos los esfuerzos y empeños de algunos ecuatorianos y de dos amigos colombianos; á pesar de los cosmopolitas y de todo cuanto habia escrito Juanillo, y á pesar de los elogios que hicieron de él, hasta donde no podia merecer, no consiguieron que fuera nombrado socio honorario de la Academia de España? ¿Cómo es que habiendo un modelo de elocuencia y erudicion, fueron nombrados mas bien los señores Castro, Zaldumbide, Cevállos, etc? Luego aquel elogio, consignado en "La Revista," y del que hace tanto alarde nuestro Juanillo, es una moneda falsa que no circula donde hay criterio y discernimiento.

X.

Para hacer saber que entiende de metempsícosis pitagórica, dice el historiómáno que no se acuerda si antes de nacer fué conde, marquez, ó un miserable labriego, campesino ó curtidor; pero se acuerda que desde su advenimiento al mundo tuvo la ridícula propension á encomiarse. Se acuerda que “su maestro de primeras letras abria siempre la sesion azotando á tres ó cuatro muchachos de los mas pillos, y la cerraba echando mano á las orejas de sus condiscípulos, pero que á él no le tocó jamás el severo pedagogo.” Se acuerda de su infantil prediccion, respecto á que de ese puñado “de rapaces de aldea, á que perteneció en su infancia, solo él iba á ser *amigo de las buenas letras*; (es decir, no de las malas, por si acaso las hubiera) *y el único que guste de tomar á pechos la memoria de varones eminentes*”

Se acuerda que un distinguido craneólogo, discípulo de la craneológica escuela de Ambato, echó mano sobre los cráneos de los distintos truhanes que se hallaban presentes, y dijo á uno “U. es un fanático,” á otro U. es un bruto” etc; pero que cuando llegó al privilegiado cráneo del rapazuelo Juanillo, le dijo: “U. abriga indecible pasion por los hombres grandes.” Y que en efecto no se engañó el frenólogo, pues ya en ese tiempo, simple estudiante de filosofia, (ya sabemos que el tiempo estudiaba simplemente esta ciencia) habian pasado ya por sus horcas caudinas Plutarco, Tito Libio, Suetonio, Alejandro, Marco Tulio Ciceron y otros muchos.”

¿Y no se acuerda, del célebre poeta Mera que de vez en cuando le ha suelto algunos rasgos viográficos, y por último una tunda de palos? ¿No se acuerda que en el fundito de Ficoa, situado en las vegas de Ambato, que el fátuo Juanillo ofreció á Victor Hugo, asegurándole ser un gran *chateau*, allí mismo recibió de manos de Mera una paliza tan furibunda, que le hizo pedir misericordia? Asi es en todo el pobre méndigo político: altivo y soberbio, mientras cree alcanzar algo; bajo, abyecto y servil, cuando el mendrugo no está á su alcance.

Pero sigamos sus recuerdos.

Se acuerda que como imitador de D. Quijote “entró en Balsapamba, cabalgando su rocinante en montura norte americana con chapas de plata y argollas de bruñido acero, bota de hule, espuela negra, levita azul militar, revólver al pecho y espada al cinto.” Se acuerda que á guisa de Sancho, tenia por compañero á Rumazo, con quien hablaba sobre imaginarios planes y fantásticas ilusiones. Unas veces creian que el Gobierno los llamaria para darles el mejor empleo, otras pensaban ocupar una plenipotencia ó cargo diplomático. Pero caían desfallecidos, tanto Sancho como el nuevo Quijote, cuando se imaginaban que no llegarían á ser ni bibliotecarios ó archiveros, por que se temeria que colocado Juanillo en ese puesto, escribiria mas volúmenes que los que guardara en el archivo, para difamar á todos los que hubiesen hecho algo en su favor.

Ciertamente, conocemos á nuestro hombre aquirotado como el verdadero tipo de deslealtad, de infamia é ingratitud; y felicitamos al Capitan Jeneral Veintemilla por los alcances y cordura que ha

manifestado para mirarlo como á un loco perjudicial á todo partido.

Llegaron al fin á Balsapamba el caballero andante, quijotescaamente equipado, y su compañero Sancho, y trataron de alojarse en la posada de don Antonio Robeli; pero este los rechazó. Y preguntado por su sobrina sobre la causa de haberle negado alojamiento al Sr. Cosmopolita y su compañero, el tío la llamó aparte y le dijo: “No conviene alojar en casa á estos hombres, pues son peores que piratas. No hagas caso de esos títulos de cosmopolita, rejenerador, bálsamo, espectador, candela, jóven liberal y demas libelos que á nombre de otros escribe Juanillo. El procura engalanarse con sus propios elogios; pero la verdad es que á todo el que le hace un servicio le corresponde con todos los males que puede. Venal y difamador de todo cuanto hay mas sagrado en la tierra, no se le han escapado ni las personas de familia que mas íntimamente le pertenecen. Destituido de todo sentimiento noble, no le ha quedado mas que una detestable ambicion á un puesto en el cual pueda lucrar y desahogar ruines venganzas. Pero semejante reptil, ni con toda su prosa, ni con los perfiles de su virulenta pluma, jamás conseguirá nada. La sociedad lo considera indigno, y para el Gobierno seria una afrenta un empleado semejante. No es como él dice que está en oposicion de todos los que mandan por que les dice las verdades, sino por que todos los que suben al poder conocen en Juanillo un hombre de alma negra y depravada, un mal fondo, instintos dañados y feroces, ideas de desolacion y espanto. Es un saltimbanqui político que no tiene mas programa fijo que el de su propia exal-

tacion, aparentando, ó mejor dicho, hablando mucho de patriotismo, de desinterés, de abnegacion, y de todo cuanto le viene bien para formar la corona de sus alabanzas.

Para convencerse de que en el presumido y vanidoso escritor no hay mas que farsa literaria, farsa política y farsa en todas sus cosas, obsérvense esas locuciones triviales, esas palabras vulgarísimas, esos idiotismos del idioma que solo acostumbran las jentes sin cultura. Obsérvense esos principios evidentemente falsos, esas definiciones arbitrarias y absurdas. Obsérvense sus contradicciones flagrantes, sus ideas estrafalarias, sus opiniones pugnantes entre sí. Pretende elevarse en alas de la historia; pero como son alas ajenas, le faltan en las altas rejiones donde ha subido, y desciende, como cuerbo desalado, al cieno de la vulgaridad y de virulentas pasiones. Y en política tan pronto escribe favoreciendo el radicalismo, y tan pronto optando por los términos medios. Ora se espresa en favor de los liberales, ora tambien en pró de los terroristas y ultramontanos. Parece que quisiera levantarse á la rejion de las despreocupaciones, al sólio de la verdad; pero en seguida se espresa con tal vulgaridad y fanatismo, que se pone al nivel del vulgo fanático. Es como una calamidad ambulante, ó como una plaga que destruye los principios de la verdadera civilizacion, de la libertad y del progreso, asi como la langosta destruye toda clase de sembrados.

POST SCRIPTUM

SS. RR. de "El Comercio"

Despues de haber remitido á UU. mi correspondencia anterior, con el título de "Caracteres de los libelistas," dos nuevas circunstancias han ocupado mi atencion: la publicacion hecha por el cosmopolita, con motivo de la nunca bien sentida muerte del Sr. Piedrahita, y el plan revolucionario que últimamente ha sido sufocado.

Remito á UU. un suplemento sobre estos dos puntos, para que se publique á continuacion de la mencionada correspondencia, si llega oportunamente; ó sinó, en hoja suelta.

Latacunga, Octubre 25 de 1878.

X. X.

El cosmopolita trabajaba é influia con los suyos en la convencion para que se declarara la inviolabilidad de la vida humana, y ahora se pronuncia contra ella, por convenir así á sus miras de desolacion, comprobadas en el último plan revolucionario, por el que se trataba de escalar el poder sobre montones de cadáveres.

La lamentacion de Juanillo por la muerte del Sr. Piedrahita, no tiene en la realidad mas que un fin político, pues sabe aquel que Piedrahita tiene una larga parentela, y pretende atraerse las simpatias de esta.

¿Podrá ser sincero el pesar del que nada ha podido amar, ni sentir por nadie? Por consiguiente su llanto no es mas que el del cocodrilo. Dios no quiera que hombres como Juanillo vengan á llorar-nos despues de muertos, ni á elojiarnos mientras vivamos. Nosotros conocemos perfectamente las inapreciables cualidades y grandes méritos del Sr. Vicente Piedrahita, y nunca sentiremos lo bastante la pérdida del que con sus luces honraba el pais.

Despues de la astuta y cavilosa lamentacion de Juanillo, por la muerte del que consideraba como un obstáculo insuperable, colocado en el camino de sus aspiraciones, asegura que en el Ecuador *lo que no ha habido pizca, es ilustracion*. Dice muy bien, porque si el *ilustrado hablista, el escritor mas castizo y elegante*, emplea en sus artículos, que el llama MODELOS DE ELOCUENCIA, locuciones, modismos y palabras de uso puramente familiar ¿qué *pizca* de ilustracion habrá en el pais?

Y en cuanto al segundo punto de que me he propuesto hablar en este suplemento debo decir que han llegado aqui muy serias noticias, respecto á nuestro Juanillo, álias el cosmopolita ó rejenerador, álias el balsamista, candelista y espectador, y para complemento de *honoríficos* títulos, álias el espiritista.

Se dice, pues, que Eloy Alfaro ha enviado en

comision á su hermano espiritista Julio Torres, con-
vinando el plan de asesinato contra el presidente de
la República y otros personajes, como ya lo ha re-
velado la prensa.

El *plenipotenciario* Torres llevaba la comuni-
cacion é instrucciones verbales para Juanillo, anun-
ciándole que sus mandatos estaban á punto de rea-
lizarse, y que era preciso ponerse en accion, y pre-
venir á los que en Ambato debian ejecutar el golpe,
en caso de que el Presidente saliera de Guaya-
quil antes de la fecha convenida. Y por si pudiera
escaparse de la celada tendida en Ambato, habia
instrucciones para Andrade y Moncayo, implicados
en el asesinato de Garcia Moreno, á fin de que es-
tos, acompañados de los demas hermanos espiritistas,
se apostasen en el paso por Tambillo, ó en Qui-
to, para perpetrar el crimen.

He aquí, el plan revolucionario con que
los radicales y espiritistas de nuestra tierra han dado
á conocer sus ideas de progreso, de civilizacion, de
garantias y libertad. Estos son los hombres que á
gritos insultan, calumnian y difaman toda admi-
nistracion. Para ellos no está vedado ningun crí-
men, y abrigan el designio de que se derrame san-
gre hasta los tobillos para purificar el pais, como lo
ha espresado Juanillo en sus escritos, y segun se sa-
be, lo han repetido tambien sus adeptos Alfaro, Pe-
ña y Balda. ¿Y cuáles serán las medidas que tome
el Gobierno contra aquel instigador de tanto crí-
men? Parécenos que no debia permanecer mas en
el pais el que desea derramar torrentes de sangre y
envolverlo en los horrores de la anarquía.

Si hubiesen llegado á consumarse los críme-

nes proyectados, muy lejos de que se realizaran los delirios de los revolucionarios, ni de que llegara á establecerse el gobierno que inajinaban, no se habria hecho mas que instalar la desolacion y los mas funestos desastres. Los aspirantes del partido terrorista habrian enarbolado su bandera; los ultramontanos habrian hecho otro tanto, y todos aquellos que se creen con títulos para mandar se habrian empeñado en formar su partido. La República no podia menos que convertirse en un caos. Y esos pocos aspirantes que han tomado el nombre de radicales ¿creyeron que despues de consumado su crimen hubieran podido escalar el poder, sin que se lo disputaran á sangre y fuego tantos ambiciosos que á él aspiran?

En tan espantosa situacion, la propiedad habria estado invadida por los diferentes bandos políticos, pues indispensablemente necesitaban de ella para sostenerse. La vida de los ciudadanos habria estado á merced del rencor y la venganza de aquellos. El reclutamiento debió en tal caso llegar á ser espantoso, porque cada partido tenia que echar mano de cuantos hombres podia. Cegadas las fuentes de la agricultura y del comercio, el hambre y la miseria habrian sido su consecuencia necesaria.

Y si los revolucionarios radicales han pensado unirse á los terroristas, ultramontanos, etc. ¿donde están entonces los títulos que lejitiman su revolucion? ¿Podrán llamarse liberales los que se unan á los enemigos jurados de la libertad? Por otra parte, de semejante union no habria resultado jamas el predominio de los radicales, que son tan pocos, sino el del terrorismo-ultramontano; y los execrables crí-

menes consumados por aquellos no habrian servido sino para restablecer el antiguo régimen de tiranía, de opresion, de atraso y salvajismo.

Ahora bien, si hubiese terroristas ó conservadores aferrados y liberales indiferentes, que quisieran acoger ese programa de crímenes y desastres, acójanlo en horabuena, pero entiendan que el gobierno, mediante la proteccion de Dios y la fuerza moral que es indeclinable, se bastará para debelar á todos los que quieran engrosar las filas de la rebelion. (*)



(*) NOTA.—El primer manuscrito llegó á esta imprenta con notable atraso; y ántes de terminada su impresion, vino el segundo.

El Redactor.